

LA PRENSA URUGUAYA.

ADMINISTRACION GENERAL

CALLE DEL 25 DE MAYO NÚM. 238.

DIARIO DE LA TARDE, COMERCIAL, POLÍTICO Y LITERARIO.

EDITOR RESPONSABLE,

D. JOSÉ MARIA ROSETE.

Este diario es propiedad de la IMPRENTA URUGUAYA, establecida en la calle del 25 de Mayo número 238. La suscripción DOS PESOS al mes, pagaderos al fin de cada uno. Se reciben suscripciones en la Librería Nueva, calle del 25 de Mayo número 202; en la de Hermanos Rosset, número 230; y en su imprenta. Los AVISOS, se admiten hasta las 3 de la tarde del día de su publicación, pagando el suscrito un vintén por línea impresa, y dos, el que no lo sea; y estos solo se reciben en la oficina de su administración general.

ULTIMAS FECTAS.	
EUROPA.	
LONDRES.	9 febrero.
LIVERPOOL.	8 id.
PARIS.	8 id.
BRUXELAS.	7 id.
GENOVA.	7 id.
MADRID.	2 id.
MILAN.	1 id.
ANVERS.	1 id.

AMERICA.	
NEW YORK.	21 enero.
BALTIMORE.	26 id.
BOSTON.	23 id.
HAVANA.	13 id.
VALENCIA.	13 id.
RIO JANEIRO.	18 marzo.
RIO GRANDE.	8 id.
BUENOS AIRES.	1 abril.

ALMANAQUE.	
Mañana 14 de abril.—Stoa, Pedro, Telmo y Tiburcio.	
Salen el Sol a las 6 horas y 10 minutos. — Se pone a las 5 horas y 50 minutos.	

CORREOS PARA EL INTERIOR.	
Salen el 1.º y 16 de cada mes, regresan el 14 y 30.	
Las Jallias se cierran en la Administración de Correos en la noche del día anterior a su salida.	

DILIGENCIA DE MINAS.	
Salen de Montevideo los viernes a las 5 de la mañana, y de Minas los lunes a igual hora; capacidad para ocho personas, pudiendo llevarse una arroba de peso.	
DILIGENCIA DE SAN JOSÉ.	
Salen de Montevideo los jueves a las 6 de la mañana, y de San José los lunes a las 5 de la mañana.	
En su tránsito, se detiene media hora en las Piedras y San Juan Bautista (Santa Lucía). La diligencia tiene asiento para 12 personas.	

ESTERIOR.

POLITICA.

Revolucion de España.

Estráctamos del sexto tomo de la obra célebre que publica el Sr. Lamartine, con el título de HISTORIA DE LA RESTAURACION, el artículo siguiente. Nuestros lectores leerán gustosos una de las mas hermosas páginas que adornan ese tomo. En él encontrarán todas las eminentes calidades, que distinguen al poeta historiador.

Jamás la historia se ha mostrado mas rica de estilo, de pensamientos, ni presentando un interés mas dramático. Al leer esas páginas brillantes, podrá uno figurarse, lo que ha de ser, bajo la pluma del Sr. Lamartine, esa famosa época de 1789, era de un mundo nuevo, punto de partida de cuanto hoy existe.

La causa de Borbon reinaba sobre la España y las Américas desde el tiempo de Luis XIV, o mas bien dejaba reinar las costumbres, los frailes, la inquisición, terror permanente, que el fanatismo de una nación entonces ignorante, supersticiosa y cruel, había permitido a sus clérigos colorear, política y religiosamente al lado y arriba de su gobierno. En ningún pueblo de la tierra, desde el antiguo Egipto o desde las Galias druidicas, la teocracia sacerdotal había gobernado tan directa e implacablemente a una nación. La depuración perpetua de la fe y la policía de las conciencias por el acero y el fuego, habían multiplicado allí los sacrificios humanos. Treinta y ocho mil víctimas de este tribunal sin apelación en el espacio de tres siglos habían sido quemadas en la plaza pública. El suplicio de los herejes se presentaba allí a los fieles, como espectáculo de edificación o ejemplo. Mas de trescientos mil condenados o sospechosos, interrogados por la tortura, habían espiado en los calabozos, en los presidios o en la horca, el crimen solo de haber incurrido en la sospecha de haber permitido formar una opinión sobre las cosas santas. La índole suave de la casa de Bordon, había relajado la ferocidad de

FOLLETIN.

EL SOL DE JESUS DEL MONTE.

NOVELA DE COSTUMBRES CUBANAS.

POR

D. Andrés Avelino de Orilluela.

(Emplea en el núm. 1.º)

Continuemos ahora si el lector nos quiere acompañar, enarrando los sucesivos acontecimientos que van enlazados en el curso de esta narración.

Don Valentín fué inmediatamente conducido a la cárcel donde le tuvieron incomunicado veinte y cuatro horas hasta tomarle la declaración indagatoria.

Practicadas las diligencias de embargo previo inventario de cuanto existía en el almacen de viveres, pusieron en la calle a los dependientes, abarrotaron las puertas del establecimiento, y continuó el sumario por todos sus trámites, hasta recaer la sentencia de presidio temporal en el de Ceuta, que fué confirmada por la audiencia pretorial definitivamente.

Valió de algo a D. Valentín la cruz de Carlos III para la mejora de su posición en la cárcel? No, señor, valieron en efecto los pesos fuertes que pasaron por diferentes bolsillos. Y por esto fué que solo permitió la distinción de habitar el cuarto bajo de la izquierda de la entrada y en el patio principal de la cárcel, cerca de la capilla; cuarto, que aunque no menos húmedo y nublado que las demás habitaciones y calabozos

Felipe II. Bajo el último reinado, pocas o ninguna victimas alcanzaba la inquisición. Pero las riquezas, inmensas e inajudables de la iglesia, la multiplicación, la ociosidad, la mondicidad de los frailes, institución que suprimió el trabajo, suprimiendo la familia, continuaban embarranzando al gobierno y esterilizando a la España.

Ella se mantenía con su riqueza pastoral y sus colonias lejanas, como un hacendado ocioso, que se enerva en su molición, mientras sus esclavos cultivan sus dominios abandonados a manos ajenas. No quedaba en España, cuando estalló la revolución francesa, en 1789, sino tradiciones caballerescas en su nobleza, una sangre heroica en su pueblo, reinos gobernados por Virreyes en la América del Sur, un culto de tradición para sus reyes, una superstición alternativamente fanática y temerosa para sus sacerdotes, exceso de virtudes, exceso de vicios en un pueblo, que se descompone y va a perecer, si no se reanuda en la adversidad.

Carlos IV reinaba, o mas bien dejaba reinar, bajo su nombre, al favorito de su mujer, el suyo también, Godoy. Manuel Godoy, simple guarda del rey, que, por su hermosura, había seducido a la joven reina, y por su habilidad había aliviado al rey del peso de la corona, ejercía a la vez sobre la reina y el rey uno de esos acendrados sobre humanos y misteriosos, que el amor solo puede explicar en una mujer, la subyugación del espíritu en el marido. El rey y la reina parecían no tener sino un solo corazón para adorar y encumbrar al favorito común. Espiación del despotismo que entrega toda una nación a un solo hombre, a este hombre a una mujer infiel, a esa mujer, a un cortésano desconocido.

Godoy, después príncipe de la Paz, no era ni incapaz, ni ingrato, ni traidor. Tenía una inteligencia al nivel de los negocios públicos, un juicio recto, y buenas intenciones para las mejoras necesarias al reino, una gratitud y una fidelidad a sus amos que algo tenían de la superstición del español, de la asiduidad del amante, de la obediencia del hijo. El amor y la confianza le habían entregado el reino, se empeñaba en conservarlo intacto, prospero y fiel a sus amos. El clero, cuya dominación contrariaba en una corte moncal, lo soportaba sin impaciencia, temiendo a un ministro filósofo tomado entre los grandes señores españoles que empezaban a inquietar su ortodoxia, y a respirar, a través de los Pirineos, la libertad del pensamiento y de la conciencia.

La nobleza lo sufría por haberse acostumbrado a respetar, en los favoritos, cardenales o cortesanos, los caprichos de la majestad real. La corte compuesta por él, el ejército mandado por él mismo, servían a su voluntad y a su ambición. El heredero de la corona estaba solo, el joven Fernando, casado casi niño con una princesa de Nápoles, aborrecía en el príncipe de la Paz,

zos del edificio, sin embargo le permitía poder recibir visitas en las horas de reglamento, estar libre de la envilecida sociedad de los ladrones y asesinos que pueblan los departamentos jenerales, y estar en compañía de un escribano, preso por falsificaciones cometidas en varios procesos, pero hombre que si a esos errores lo condujo una ambición de dinero desmedida, tenía en cambio una educación distinguida, muy buenos amigos que puso a disposición de su compañero de cárcel, y que como hacia seis u ocho meses que ya habitaba el mismo cuarto, había procurado hacerlo menos insalubre si bien no lo suficiente, pues que ya comenzaba a quejarse de reumatismo, debido a la extraordinaria humedad que allí se respira.

A la citada habitación fué trasladado D. Valentín cuando salió del calabozo en que pasó la incomunicación; y como indudablemente era grande la mejora, así como fué excesiva su pesadumbre cuando se vio privado de libertad, fué grande la alegría que experimentó al hallarse en compañía de una persona decente y de buenos modales, no obstante que le faltaba el ánimo muchas veces contemplando aquellas estrechas y grises paredes, las espesas rejas de los departamentos, la puerta de hierro que pausadamente se movía sobre sus goznes de vez en cuando para dar paso a alguna víctima, que o salía radiante de alegría para olvidar en breve las penalidades de la prisión, o derramando amargas lágrimas, porque iba a cumplir en un presidio su condena, o a es-

el amante de su madre, el tirano de su padre, el amo, el rival de su propia dignidad, la humillación de su familia, el enemigo natural del hijo de la casa real. La princesa de Asturias, su mujer, relegada, perseguida y consumida de languidez hasta la muerte por la esperanza del yugo de la reina, y algunos amigos, confidentes de sus penas, fomentaban este odio instintivo contra el favorito. Tal era esa corte, en que las ceremonias religiosas, la morosa etiqueta, apenas interrumpida por las cacerías y la música, mantenían la eterna ignorancia y la monotonía ociosidad.

Las comunicaciones de la Francia, de 1789 a 1792, se habían sentido apenas en España, donde la inquisición, la policía, la ignorancia del pueblo, la indiferencia de la corte y la densidad de los Pirineos, lo interceptaban todo.

Después de una débil declaración de guerra a la República francesa, por convenio así a la causa del resentimiento de la sangre vertida de Luis XVI, la corte de España había celebrado una paz indecorosa. Presencia inmóvil y temblando las victorias de Napoleon sobre la Italia y Alemania, a los destronamientos de las casas de Sicilia y de Nápoles, a quienes la ligaban vínculos de sangre, esperando su salvación de sus condescendencias, prestando sus escuadras al Emperador contra la Inglaterra en Trafalgar, para ayudar ella misma a la subyugación de los mares y del continente, y prestando uno de sus cuerpos de ejército a Napoleon para ir a contener a la Dinamarca bajo sus leyes.

Esto era poco; el príncipe de la Paz para encadenar mejor a Napoleon por el reconocimiento, había celebrado con él un tratado secreto, en cuya virtud, permitía la entrada a las tropas francesas para ir a subyugar al Portugal. En la hipótesis de la muerte de Carlos IV, y de su propia caída, había estipulado para sí mismo, como compensación de su complicidad, el reino de los Algarves, desmembrados del Portugal, que había de partir con Napoleon.

Pero ninguna complacencia podía saciar a Napoleon. Quería un trono mas para uno de sus hermanos. Tenía los ojos clavados sobre Madrid, desde el fondo de la Alemania. Negociaciones secretas, en que se acataban para engañarse mejor ambas partes, se entablaron en París entre agentes del Emperador y del príncipe de la Paz. No se sabe que tramas se urdían allí para envolver a la España y granjearse los favores de Napoleon, cuando una tragedia, parecida a las de Bizancio en el imperio griego estalló inesperadamente en Aranjuez, palacio que en el verano habitaba la corte de España, y vino a ofrecer a Napoleon el pretexto de la intervención, de la astucia y de la violencia que premeditaba hacia algunos meses.

El príncipe de Asturias, heredero presuntivo de la corona, viudo de la princesa cuya vida habían abreviado los rigores de

piar en el patibulo su delito. Por otra parte la entrada de nuevos presos, siempre era un espectáculo desconsolador para los que jerman en aquella funesta mansión, y D. Valentín empezaba a conocer ya todo el horror de la posición a que se había condenado voluntariamente, compadecía el destino de los que la desgracia o el extravío de las pasiones lanzaba en tan inmundos calabozos.

Contribuía no menos a la tristeza que comenzó a experimentar el monótono y lastimero canto de los presos de los departamentos y del lúgubre sonido de las olas del mar, que en el silencio de la noche traía el eco hasta él, clara y distintamente.

La cárcel de la capital en que estaba don Valentín; ese monumento, obra moderna que recuerda las numerosas arbitrariedades del jefe mismo que mandó edificarlo, de los sucesores y de otras autoridades subalternas, está levantado extra-muros de la Habana y cerca de la orilla del mar. A unos ochenta pasos de distancia en dirección del castillo de la Punta, existe una estensa planicie, donde de ordinario se erigen los cadalsos.

Como todo, el edificio está hecho de piedra de sillería, sacada de los arrecifes que hay en las orillas del mar, constantemente el salitre que las ha minado va descomponiéndose en agua líquida, por cuya razón es tan húmedo e insalubre.

Cuando el escribano y don Valentín se hallaban solos en las horas en que no se permiten visitas de particulares, entrete-

no soportaba sino con rabia la insolencia y la opresión del favorito, a quien acusaba de perder a la España y de conspirar contra él mismo. En el desvarío del dolor y del espanto, había cedido a las instancias de un canónigo, su preceptor, llamando Escoiquiz, y de dos caballeros de su corte, el duque de San Carlos y el duque del Infantado, sus confidentes, que le mostraban que su único apoyo era la intervención omnipotente y protectora de Napoleon. El príncipe arrebatado por el exceso del peligro y del odio, había escrito a Napoleon una carta criminal por su objeto, mas criminal todavía por el misterio, en ella suplicaba al Emperador que le adoptase como a hijo suyo y le otorgase la mano de una princesa de la familia de Bonaparte o de la familia de Beauharnais.

El agente del príncipe de la Paz en París, Yzquierdo, sea indiscreción calculada de parte de Napoleon para hacer irreconciliable la querrela del padre y del hijo, sea por la correspondencia del ministro, había tenido conocimiento de esta carta, y la había participado a Godoy. Comunicada por el príncipe de la Paz al rey y a la reina, interpretada como crimen de Estado y complot contra el reinado y la vida de sus padres, esta carta había exaltado hasta el delirio, el dolor, el orgullo y la cólera del infortunado Carlos IV. La reina que aborrecía a su hijo con toda la pasión con que amaba al favorito, se había exajerado a si misma las apariencias, y había convertido una inconveniencia en un atentado.

El príncipe de Asturias, arrestado en el palacio de su padre, conducido a los pies del rey y de la reina, convencido de correspondencia criminal con el extranjero por los documentos acusadores, que se encontraron en su aposento, denunciado a la España y al mundo como un príncipe rebelde y como un hijo así parricida, había temblado al oír los reproches y las amenazas de Godoy, de la reina y del rey. Cobarde en el crimen, se había humillado hasta las lágrimas, y envilecido en los interrogatorios hasta acusar a sus consejeros. Estos consejeros habían sentido solo el grito de la venganza de las leyes. El hijo arrepentido, degradado, e indultado, había cedido la suerte trágica de D. Carlos, y había recuperado, en la corte de su padre, la libertad, el rango y la subordinación de un heredero presuntivo alejado de los consejos, e inutilizado por su humillación. En Europa había retumbado este drama sin desenlace en el palacio de Carlos IV. En la España, indignada del envilecimiento de su príncipe, y del triunfo del favorito, cundían facciones y mormulos, que oponían el padre al hijo; el hijo a la madre, el príncipe de la Paz a la casa real, la sangre de sus reyes a la sangre aborrecida del hombre de fortuna de Badajoz.

Era el momento en que Napoleon, con el ambiguo pretexto de los negocios de Portugal, y un auxilio mal definido de sus ejércitos en diferentes clases de juegos lícitos, para matar la lentitud del tiempo que allí pasaban.

Pronto hicieron conocimiento e intimidad ambos presos, e insensiblemente el último venido, fuése habituando a sobrellevar la triste existencia del encarcelado.

Cuando pasaron cuatro meses de residencia en aquel terrible local, a D. Valentín llegó a faltarle la paciencia, y una idea de venganza empezó a fijarse en su imaginación.

Meditando en el origen de su desgracia, todo el amor que él decía haber profesado al sol de Jesús del Monte, se le cambió en odio, y disculpando a Eduardo, puesto que no había podido portarse con mayor jenerosidad, según comprendió, en vista de que espontáneamente aquel había renunciado a hacerse parte en la causa que se sustentaba, determinó en lo mas íntimo de su alma, trastornar por cuantos medios le fuesen posibles la tranquilidad de Tulita, pues que ella era el solo motivo de su ruina y padecimientos.

—Sabe Vd., señor secretario, dijo un día D. Valentín al escribano, que mi causa lleva muy mal jiro?

—Por qué?

—El oficial encargado, me ha dicho ayer que el juez está montado contra mí, y que le parece que me condenarán a dos años....

—De encierro? preguntó el escribano admirado de que la pena fuese tan ligera.

—No señor, de presidio.

—Malo!

citos, prestados a la España, en virtud del tratado secreto de Fontainebleau, hacia pasar los Pirineos a cien mil hombres de sus mejores tropas, al mando de Murat, se apoderaba, por astucia o por violencia, de las fortalezas, y avanzaba sobre Madrid, sin que, ni el gobierno Español aterrado, ni el mismo pudiese dar a los Españoles patriotas una explicación aun espiciosa de una ocupación militar del reino, que colocaba alternativamente las provincias, los arsenales, los puertos, las plazas fortificadas, y muy pronto tal vez a la misma capital bajo el yugo y a la morced del extranjero. Carlos IV, la reina, el favorito, desengañados en fin, pero desengañados demasiado tarde sobre los proyectos de un conquistador, que había cubierto su ambición bajo el velo de la amistad, y que finalmente rasgaba aquel velo, habían resuelto abandonar a Madrid, retirarse a Cadiz y llevar su trono a las Américas.

Ya las tropas españolas empezaban a dividirse por grupos en el camino de Cadiz para proteger esa fuga del rey, y de esa familia. Pero el príncipe de Asturias resistía secretamente esta partida, que entregaba la monarquía a los Franceses. Se sabía en el pueblo esta resistencia del heredero presuntivo, que fué entonces el idolo de la nación humillada y traicionada. La corte, intimidada por la resolución del pueblo de oponerse a la fuga de sus reyes, había dado contra-orden y se había retirado con el favorito a Aranjuez, en medio de las tropas, que se habían concentrado para asegurar su viaje. Murat, durante esa vacilación de los dos partidos y estos movimientos respetuosos todavía del pueblo, entraba en Madrid con el ejército francés, ocupaba todos los caminos y todos los pasos del río que domina la capital, y guardando un silencio enigmático mas terrible y mas pavoroso que una declaración de guerra, se constituía árbitro de los destinos del rey y del pueblo.

El príncipe de la Paz, en fin desengañado sobre la fingida amistad de Napoleon, acababa de saber, por su agente Yzquierdo, llegado precipitadamente de París, que la usurpación del trono y de la nación era el objeto de los misteriosos manejos de Napoleon, y su única salvación y la de sus amos era la insurrección nacional o la fuga. Pero este favorito inconsiderado, contando con los milagros de la fortuna, y embriagado con los ensueños que la diplomacia astuciosa de Napoleon había hecho tan largo tiempo fluctuar en su alma, se adornaba todavía en el palacio de Aranjuez con las ilusiones y deleites de su última hora. Un rayo lo despertó en la noche del 18 al 19 de marzo de 1808. El pueblo que había salido furioso de Madrid en el momento, en que Murat entraba y profanaba con armas extranjeras el capitolio, había acudido a la residencia real de Aranjuez con gritos de traición y de venganza contra el favorito que había vendido, decían ellos,

—¿Y qué le parece a Vd. que haga?

—Camarada, yo en lugar de Vd., lo ofrecería, pues, con diplomacia, un par de cien onzas al juez, cincuenta al promotor fiscal y una docena al oficial de la causa; y de seguro se daba por compurgado el delito con la prisión sufrida.

—Amigo, yo, como no tenía práctica de esos negocios, hoy no puedo disponer de esa suma.

—¿No?

—Ni de la mitad. El abogado que me patrocinaba me dijo era menester untar sebo a las ruedas para que anduviese el carro; y ya me van dejando en la estacada.

—Compadre, mas vale poco a tiempo que mucho cuando no es necesario. Yo le hablo a Vd. por experiencia propia: en la Habana, para un pleito, se necesitan indispensablemente lo que va Vd. a oír: pesos, pasos, paciencia, justicia, saberla pedir y... que se la quieran dar: esto en los negocios civiles: en los criminales, dinero, dinero, y siempre dinero.

—Mi bolsa ha estado como Vd. ha visto siempre abierta.

—Pero amigo, cuando llega lo mas urgente está vacía, ¿qué quiere Vd.? el foro está así... no hay mas que tener paciencia.

—Oh si tuviera aquí los seis mil duros que di por este miserable pedazo de cinta!

—Seis mil duros!

—Seis mil duros, peso sobre peso.

—Entonces le robaron a Vd.

Voluntario
El Hód que ha-
cia de Francia ci-
en la calle del 15
se presenta como
cometente en su
ada, con dos al-
di, se avisa que
era e quillare y
raco.
En el Ejército
nista 1853.

22.
Este diario en
1853—cedrá a

VERDAD
1853..

NUN PAT.

5391	6
3581	5
1194	5
7855	5
1620	30

2710	15
2712	16
2670	10
6508	5
1719	5
0866	10
9223	5
1059	5
4091	10
1114	5
2516	5
10106	5
6350	10
3326	5
4525	5
7093	5
4114	5
2750	10
4523	5
33972	30
33087	5
3415	5
9393	5
1101	5
21937	5
060619	5
11893	5
20813	5
33680	72
137	5
7031	5

21706	2%
21981	5
3441	5
9728	5
23416	15
39357	5
23410	5
15233	5
21232	2%
11353	10
23915	5
19588	5
13243	5
20841	5
23185	5
20819	5
9175	5
21720	5
6392	5
12835	5
5585	5
6780	100
22177	1%
23167	5
19734	5
19385	5
13630	10
6746	5
20072	5
5003	2%

19131	15
12025	5
19114	5
19113	5
19111	10
21016	5
20108	25
8297	5
11041	5
12087	10
25447	5
25446	5
2533	5
8449	5
15114	20
19557	50
23216	10
27125	5
4501	5
4165	5
23757	5
11701	5
22956	5
21176	5
2449	5
4350	5
11851	5
16978	5
11775	15
20908	5

22412	5
21163	5
9320	5
7129	5

5,000 pesos con
de mayo.

a los billetes pre-
naciones de ningun
de billetes ó cual-

ES.

ndevillo.

RCADERIAS.

ayley Brothers,
163 y 170.

5 á las 11 on
el brillante sur-
nacion, introdu-
Queen, proce-
sistiendo princi-
tido do vestidos
merino borda-

res, escoceses
de seda, pequin
as, botines, col-
orones, pañuelos
de seda, id.
de algodón,
para niños,
para id., de-
tos á cuadros de
estas, cambrai
y chalsitos
de motitas sen-
da, medias de
onias para cha-
forros de cha-
do esterilla de
lana para rue-
os, blondas de
ncajes de hilo y
para sillones,
naza, peines bati-

do seda y lana
de varias clases,
pares ; y porcion
arán á la vista en

